

parroquias establecidas; lo que hicieron de comun acuerdo el Obispo de Ginebra y su coadjutor, con esa rara prudencia que caracterizaba todos sus actos. De este modo fué consumada la grande obra en que el santo apóstol trabajaba hacia tanto tiempo, la organizacion del clero y las parroquias, único medio que pudo garantir y mantener la religion y la piedad en el Chablais (1).

Los consuelos que proporcionó á Francisco este bello órden de cosas, se aumentaron con una conversion notable que tuvo lugar en esta época. Gaspar de Javerge, próximo pariente de Calvino, habia tenido en otro tiempo, durante su estancia en Ginebra, la curiosidad de ir á oír en el Chablais un sermón de Francisco. Movidó por sus palabras tan convincentes como tiernas, habia tenido varias conferencias, tanto con él como con el P. Esprit de Baumé y el Padre Querubin, pero sin llegar á convertirse. El año 1600, por consejo del mismo Beza, habia ido á Roma para ver las ceremonias del Jubileo: allí era donde lo esperaba la Providencia. Robado en el camino por su compañero de viaje, agobiado de cansancio y atacado de una fiebre violenta, se vió obligado, á su entrada en la ciudad santa, á hacerse llevar al hospital.

El médico, al hacerle la primera visita, le escitó á que se confesase, declarándole que sus visitas y cuidados le serian continuados con esta condicion; creyendo sin duda que era católico, y que el peligro de su estado hacia urgente el recibir los sacramentos. Cediendo sin resistencia á la intimacion que le hacian, el enfermo hizo preguntar al convento de los Capuchinos si se encontraba allí algun religioso de Saboya, que pudiera ir á visitar á un caballero de esta provincia. Felizmente el P. Querubin acababa de llegar: habiéndole los herejes arrojado á la cabeza un líquido cáustico con el fin de turbar su razon, habia hecho voto, si sanaba, de ir en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto; curado por su fe, habia cumplido su voto, y de

(1) Carlos Aug., p. 246 y sigs.

Loreto habia pasado á Roma. Se apresuró á visitar á Gaspar de Javerge y le determinó sin trabajo á abjurar la herejía. El caballero hizo este acto solemne tan de buena fe que, no contento con renunciar sus errores, entró en los carmelitas descalzos, donde desempeñó los principales cargos de su órden, y dió hasta su muerte el ejemplo de las mas edificantes virtudes.

CAPITULO IV.

Acontecimientos políticos favorables á los intereses de la religion.—El Coadjutor pierde á su padre durante la Cuaresma que predica en Annecy.—Su viaje á Paris.—Sus relaciones con Enrique IV.—Muerte de Claudio de Granerío.—Se hace consagrar Obispo de Ginebra.

1601 y 1602.

Con los consuelos con que los últimos acontecimientos habian inundado el corazon de Francisco de Sales, vino bien pronto á mezclarse una amarga pena. Habiéndose ausentado por causa de algunos asuntos el Sr. de Sancy, á quien Enrique IV habia nombrado gobernador de los distritos del Thonon y Ternier, los Ginebrinos aprovecharon su alejamiento para enviar á varias parroquias del Chablais, sobre todo á Veyrier y á San Julian, ministros escoltados por gente armada que profanaron las iglesias, derribaron los altares, robaron las campanas con varios objetos del culto, impusieron á los católicos, y usurparon el lugar de algunos curas, á quienes el espanto habia hecho huir.

El coadjutor se apresuró á denunciar estos atentados audaces al Sr. de Sancy, tan pronto como regresó, recordándole el compromiso firmado por Enrique IV, de mantener el estado religioso del Chablais. Se ignora cuál fue la respuesta del gobernador; pero una garantía mejor fue dada á los católicos por el tratado de paz que terminaron juntos en esta época el Rey de Francia y el Duque de Saboya, gracias á los buenos oficios del Papa y á la habilidad de

Cardenal Aldobrandin, que habia enviado para negociar este arreglo. Las condiciones fueron firmadas en Lyon el 7 de enero de 1601: por este tratado, el Rey de Francia renunciaba al marquesado de Saluces; y el Duque de Saboya se empeñaba, bien contra su gusto pero forzado por las circunstancias, no solo á pagarle cien mil escudos, sino tambien á cederle la Bresse, la Bugez, el Valzomer, el distrito de Gex con siete pueblos de las márgenes del Ródano; y á partir de este momento, los católicos no fueron ya inquietados en el ejercicio de su religion, salvo una irrupcion pasajera de que hablaremos despues (1).

Tranquilo por este lado, Francisco fué de Thonon á Annecy para predicar allí la Cuaresma, invitado por Monseñor Granerio. Se preparaba para desempeñar este ministerio, cuando recibió la noticia de que su padre, que ya contaba cerca de setenta y nueve años de edad, estaba peligrosamente enfermo; partió á toda prisa, y se dirigió al castillo de Sales para ver al venerable anciano. El Sr. de Boissy hizo con él una confesion general, recibió por tres veces la Comunión de su mano, y escuchó con una piadosa avidez sus santas instrucciones. No se cansaba de oírle hablar de Dios, y daba gracias al Señor con toda la efusion de su alma por haberle concedido este auxilio, para ayudarle á hacer santamente el paso decisivo del tiempo á la eternidad.

Sin embargo, reclamando el principio de la Cuaresma á su hijo en Annecy, tuvo valor de consentir en su partida y el Coadjutor de alejarse de su padre, haciendo ambos el sacrificio de su propia satisfaccion por el servicio de Dios y del prójimo; pero antes de separarse se bendijeron mutuamente, pues el hijo quiso recibir la bendicion, quizás última, de tan buen padre, y el padre quiso ser bendecido á las puertas de la eternidad por tan digno hijo, al que honraba como á su padre espiritual. Los médicos habian asegurado á Francisco que la enfermedad se prolongaria lo

(1) Carlos Aug., p. 251.

menos hasta Pascua, y así podia volver á ver al curado enfermo, volviendo así que terminara los sermones. Desgraciadamente se engañaron, el mal se agravó, y el enfermo recibió la Estrema-Uncion; experimentó luego alguna mejoría, y al cabo de algunos dias recayó inopinadamente en un peligro inminente de muerte, que decidió á administrarle por segunda vez los últimos Sacramentos. En esta estremidad, cediendo un instante á la exaltacion de sus antiguas ideas militares, y sufriendo al ver á todas las personas de su familia al rededor de su cama, llamó á uno de sus hijos, Galo de Sales. «Hijo mio, le dijo, tú que eres el heredero de mi valor, haz retirar á todas estas mujeres, levántame y dame mis armas: no es digno de un militar acostumbrado á arrostrar la muerte en los campos de batalla, morir en una cama rodeado de mujeres llorando.» Pero bien pronto, volviendo á las ideas religiosas que le dominaban mas, tomó en las manos el Crucifijo, le besó varias veces con amor, y levantando los ojos al cielo, oraba y se unia á Dios. En fin, sintiendo aproximarse su última hora, hizo venir á los todos los hijos que se hallaban entonces en Sales, les dió á cada uno los sabios consejos que les convenian, recomendándoles honraran como á su padre al coadjutor de Ginebra y le obedecieran en todo, consolaran á la Señora de Boissy con su respeto, su amor y su obediencia; y habiéndoles dado su bendicion, entregó dulcemente su alma á Dios el 4 de abril de 1601, dejando una de las memorias mas honoríficas que puede dejar un hombre de bien. Los pobres lloraban en él á un protector y á un padre que, económico para sí mismo, sóbrio en su alimento, enemigo del fausto y del lujo, sabia ser para ellos liberal y pródigo; la sociedad perdió un hombre de honor y de buen ejemplo, un amigo declarado de la justicia, un valiente á toda prueba, un sábio de un juicio sólido, de un espíritu claro, y no ménos habil en hablar que en pensar bien (1).

(1) Carlos Aug., p. 254.—Dep. de Francisco Favre.

El mensajero encargado de llevar al coadjutor la triste noticia de esta muerte, llegó á Annecy á la hora ordinaria del sermón, y corriendo á la iglesia, encontró al hombre de Dios que salía de la sacristía para subir al púlpito: se apresuró á acercarse á él, y le dijo, sin ningun preámbulo, que su padre acababa de morir. ¡Qué golpe tan terrible para un corazón tan sensible! ¿Y quién no creería interrumpido el sermón despues de esta noticia? Sin embargo, dominando la naturaleza á fuerza de virtud, el santo predicador no hizo mas que juntar las manos, levantar los ojos al cielo adorando la voluntad de Dios, y fué á predicar sobre el Evangelio del día con tanto celo, unción y presencia de espíritu, como si no hubiera sabido nada que lo afligiera. Aunque trató un asunto muy propio para escitar su sensibilidad (era la muerte y resurrección de Lázaro), conservó todo el tiempo del discurso su firmeza de alma, su lenguaje varonil, su pronunciación vigorosa, y concluido el sermón dijo á sus oyentes: «Señores, he sabido al »subir al púlpito la muerte de la persona á quien tengo »mas obligación en la tierra: mi padre, vuestro amigo no »existe ya; como lo favorecíais con vuestra amistad, os suplico rogueis por el descanso de su alma, y permitais me »ausenté dos ó tres días, para ir á cumplir los últimos deberes para con él.» (1) A estas palabras su corazón, tan largo tiempo comprimido, prorumpió en fin derramando lágrimas, y todos los asistentes se unieron á su dolor, no habiendo en toda la iglesia mas que un gemido universal, acompañado de una oración unánime por el querido difunto. Francisco, que había dicho la Misa antes del sermón, hizo celebrar otras dos, que oyó de rodillas en actitud de adoración profunda, inmóvil, penetrado de respeto cerca del altar; y allí recibió de Dios, en el fondo de su alma, una dulce esperanza de la salvación de aquel por quien se ofrecía el santo sacrificio.

Despues de haber desahogado así su corazón en una

(1) *Año de la Visitación*, 6 de abril.—De Maupas, p. 164.

fervorosa oración, partió prontamente para el castillo de Sales, llevando consigo á los dominicos de Annecy, los cuales, en virtud de un convenio hecho en 1668 entre su comunidad y la casa de Sales, estaban obligados á asistir á los funerales de los señores de esta casa, y aun á llevar su cruz y sus ornamentos fúnebres. Apenas llegó se arrojó sobre el cuerpo inanimado de su querido padre, lo abrazó con ternura, lo bañó con sus lágrimas y oró con fervor por el descanso de su alma; luego dispuso él mismo toda la pompa fúnebre que, poco despues de su llegada, tuvo lugar en el órden siguiente. A la cabeza marchaba un religioso dominico llevando la cruz entre dos acólitos; venia luego una larga fila de pobres, llevando en las manos cirios adornados con las armas de la casa de Sales; despues seguian los religiosos de Santo Domingo, el clero de la iglesia parroquial de Thorens, los dependientes del señorío y todos los servidores de la casa, despues de los cuales era llevado el cuerpo, cubierto por un gran paño de terciopelo negro, cuyas cuatro puntas eran llevadas por otros tantos caballeros; detrás marchaba, con los ojos tristemente bajos, el piadoso Coadjutor rodeado de sus hermanos, primos, parientes y allegados; y las señoras, de gran luto, cerraban la marcha. Habiendo llegado la comitiva en este órden á la iglesia de Thorens, se cantó solemnemente el oficio de difuntos y se depositó el cuerpo en el panteón de familia que estaba en la capilla de Sales, de donde fué mas tarde trasladado á la iglesia de los dominicos de Annecy (1).

Así que volvió al castillo de Sales, Francisco se dedicó á consolar á esta familia tan profundamente afligida, que miraba en él á su jefe y á su padre; y como la religión sola podia con el bálsamo divino de sus consuelos curar una llaga tan profunda, confesó á su madre, á sus hermanos y á todos los criados, les distribuyó al día siguiente la sagrada Comunión en la Misa que celebró por el difunto; y

(1) Carlos Aug., p. 253.

después de pronunciar una tierna alocución sobre el modo de santificar su dolor *haciendo santamente lo que estamos obligados á hacer necesariamente*, volvió á partir para ir á continuar su estacion de Cuaresma en Annecy. En el primer sermón que predicó á su vuelta, no pudo callar los sentimientos de que su corazón estaba tan lleno. «Del mismo modo, valiéndose de una ingeniosa comparación (1), que Dios mandó á Abraham le sacrificara su hijo Isaac, pero se contentó con su buena voluntad, no exigiendo de él sino el sacrificio del corazón y del espíritu, así mi padre me ha sacrificado en una grande enfermedad, por una entera sumisión á la voluntad divina, y Dios se ha contentado con este sacrificio espiritual; pero así como en lo sucesivo Isaac se vió obligado á hacer un sacrificio real, enterrando á su padre Abraham, Dios ha exigido de mí el mismo sacrificio, obligándome á hacer los funerales á mi padre.»

El santo predicador continuó predicando sin ninguna interrupción, no solo el resto de la misión sino los domingos después de Pascua, llevando siempre al púlpito el celo de un serafín. Un día en que predicaba sobre la obligación de adorar á Dios y de amarle sobre todas las cosas, cuando terminaba su discurso con una ardiente súplica al Padre celestial, fué rodeado de repente de una luz brillante que proyectaba por todas partes sus rayos, de tal suerte que no se podía mirarle sin quedar deslumbrado. «Yo estaba presente, dice Francisco Favre en su declaración, y le admiré con todos los oyentes por este resplandor.»

Así recojió de sus sermones abundantes frutos; los pecadores se presentaban á su tribunal, los enemigos se reconciliaban, los que habían hecho algun daño al prójimo lo reparaban, y toda la ciudad cambió de aspecto, hasta hacerse, según la expresión de un historiador (2), semejante á una comunidad religiosa.

(1) *Año Santo de la Visitación*, 9 de abril.

(2) Carlos Aug., p. 252.

A estos consuelos se unieron otros nuevos, bien dulces para el corazón de un santo que gozaba más con el bien que hacían los otros que con el que hacía él mismo.

El distrito de Gaillard, compuesto de siete ú ocho parroquias, no había sido devuelto al Duque de Saboya después del tratado de paz de Vervins, que se lo daba, y los Ginebrinos lo habían ocupado en nombre de la Francia hasta que se terminasen las dificultades sobre el Marquesado de Saluces. Pero habiéndose estipulado por el tratado de Lyon del 7 de enero, que esta entrega tuviese lugar al mismo tiempo que el Duque entregase á la Francia la Bresse y el Brugey, el capitán Basterga, buen católico y valiente militar, fué enviado por el Gobernador de Saboya para tomar posesión de este distrito (1). Apenas llegó, hizo decir á los ministros de Ginebra no aparecieran más en este país, puesto que el Duque de Saboya no quería tolerar en él el ejercicio del calvinismo. Esta prohibición les contristó tanto, que ordenaron un ayuno como por una calamidad pública, y suspendieron por algunos días los festines, los juegos, los ramilletes de flores y los anillos de oro. Se atrevieron á intentar, á pesar de la prohibición, el pronunciar sus sermones en algunas iglesias; pero les declaró que, si no obedecían, pagarían con su vida su insubordinación. Entonces trataron de seducirle con el atractivo del oro, y le ofrecieron riquezas considerables; mas su firmeza no se doblegó ante la seducción, é hizo cesar todo culto protestante en el país. Este valiente capitán hizo más todavía, escitando á sus soldados á que hablasen á los habitantes del país para atraerlos á la verdadera fe; y estos nuevos apóstoles, dóciles á los consejos de su jefe, desempeñaron el oficio de predicadores. Llamó á dos padres jesuitas, que pusieron manos á la obra con tanto más celo, cuanto que todo este país abandonado no tenía un solo sacerdote. Los ministros, para apartar á los habitantes de ir á oír sus sermones, hicieron correr el rumor ab-

(1) *Vida de Claudio Granerio*, p. 222.

surdo de que predicaban en latin; y para alejar á los pueblos de la confesion, representaban el tribunal de la penitencia como la escuela de todos los crímenes. No obstante estas calumnias de la herejía, los pueblos acudieron con ardor á las instrucciones, abjuraron sus errores, y los confesores apenas podian dar abasto al celo de los penitentes, que se apresuraban á deponer á los pies del sacerdote la carga de su conciencia y á recibir la absolucion de sus faltas. La conversion de los distritos de Thonon y Ternier habia hacia largo tiempo dispuesto los espíritus á la sumision, por la accion tan poderosa del buen ejemplo; lo que fué tanto mas fácil, cuanto que estos pobres pueblos, aunque bajo el imperio de la herejía hacia mas de sesenta años, no habian cesado de guardar no solo un fondo de afecto al catolicismo, sino gran número de sus prácticas, tales como el uso de la señal de la cruz, las oraciones por los difuntos, el rosario, el ayuno mismo y la abstinencia en los mismos dias que la Iglesia católica. Por eso, así que empezó la mision, hubo un entusiasmo general en manifestar sus cruces, sus banderas, sus campanas que tenian ocultas desde la aparicion de la herejía; todos quisieron tener rosarios; y habiéndose agotado los que se habian llevado, el capitan Basterga les dió el que él mismo llevaba al cuello. Su alegría por haber recobrado la verdadera fe era admirable; por todos lados se oia á los ancianos bendecir á Dios porque les habia dejado ver la restauracion del culto católico en estas iglesias, que habian estado profanadas tanto tiempo con el culto hereje.

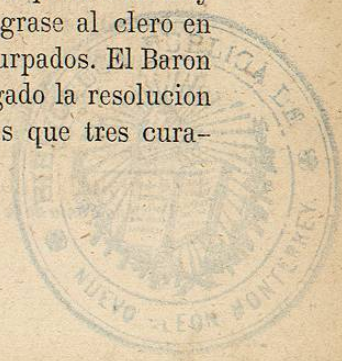
La Comunion sobre todo ofrecia á su piedad un encanto increíble; ellos la deseaban, la querian á toda costa, hasta el punto de que habiéndose apostado un ministro un dia con una tropa de soldados protestantes delante de la puerta de una iglesia para impedir su entrada, una simple mujer, instada por el deseo de comulgar, se atrevió á arrojar entre estas tropas armadas, y abrirse paso á pesar de todos sus esfuerzos para penetrar en el lugar santo. El Obispo de Ginebra, informado de la conversion general de todo

este país, envió al punto sacerdotes para sostener unas disposiciones tan felices y gobernar las parroquias, y fué él mismo lo mas pronto que pudo, para asegurar en la fe con su autoridad á estos recién convertidos, bendecir ó consagrar las iglesias, los altares, los cementerios; y su corazon de pastor no encontró mas que motivos de consuelo en medio de tan buen pueblo.

Despechados con los progresos siempre crecientes de la religion católica, los Ginebrinos se arrojaron, con menosprecio de los tratados, sobre las parroquias de Draillans y de Armoy, lanzaron á los curas, y establecieron ministros en su lugar. A la primera noticia de esta invasion, el Coadjutor partió para los Allinges, donde mandaba el coronel Brotty, y le representó vivamente la necesidad de no permitir semejante infraccion de los tratados. Al momento Brotty envia una compañía de soldados escogidos para espulsar á todos los ministros y demas herejes, y el santo apóstol, que habia seguido á la tropa, llamó á los curas que habian tenido, y confirmó en la fe, con sus predicaciones, á los pueblos de estas dos parroquias, así como á los de las parroquias vecinas (1).

Siempre hostil á la religion católica, Ginebra intentó perjudicarla en otro punto. Por el tratado de 7 de enero, el Duque de Saboya habia cedido al Rey de Francia el país de Gex, poblado por unos 30.000 habitantes, y con 27 parroquias y 4 prioratos; y el 30 de junio siguiente, el Baron de Luz habia tomado posesion en nombre del Rey su amo, haciendo prestar juramento de fidelidad á los habitantes. Pero como el ejercicio de la religion católica habia sido desterrado de allí, los bienes eclesiásticos invadidos y los sacerdotes espulsados, se habia pedido al Rey restableciera la religion católica y reintegrase al clero en la posesion de sus bienes injustamente usurpados. El Baron de Luz, en quien Enrique IV habia delegado la resolucion de este asunto, no habia restablecido mas que tres cura-

(1) Carlos Aug., p. 255.



tos, remitiendo lo demás á la decision del rey y de su consejo. Los Ginebrinos, descontentos de este acto de justicia hecho á los católicos, enviaron dos diputados á Enrique IV para pedirle los mantuviera en posesion de varios lugares, enlazados con el país de Gex, que eran en otro tiempo propiedad del cabildo de Ginebra, y que ellos habian reunido al dominio de su república desde el nacimiento del calvinismo, y sobre todo para solicitar la autorizacion de ejercer allí esclusivamente su religion.

Claudio de Granerio, previendo las malas consecuencias que podia tener esta embajada para la religion, propuso á su coadjutor fuera á la corte de Francia, para combatir las pretensiones de estos eternos enemigos de la Iglesia. El coadjutor aceptó esta mision con su obediencia acostumbrada, y se preparó á partir sin tardanza. Sus amigos querian que se consagrara antes de ponerse en camino para que, llevando las insignias del episcopado, realzara con ellas el carácter de su embajada, y obtuviera mas fácilmente un feliz resultado; pero además de que no tenia aún sus bulas, que no fueron firmadas en Roma hasta el 15 de julio siguiente, prefirió presentarse como simple sacerdote. «Mientras Dios nos conserve á nuestro Señor »Obispo, respondió humildemente, no cambiaré ni mi »rango en la iglesia, ni el color de mi traje;» (1) y partió el 3 de enero de 1602, acompañado del presidente Favre, que llevaba consigo á su hijo mayor, de Jorge Rolando y de otro criado. Empezaron el camino por la Borgoña, para conferenciar sobre este negocio con el Baron de Luz, que mandaba en nombre del Rey en Dijon y tenia bajo su autoridad el país de Gex. Llegados cerca de Macon, al pasar el Saona, que no se podia atravesar sino en una simple embarcacion, encontraron el rio enormemente crecido y precipitado en su curso, por haberse deshecho las nieves. El espectáculo de aquellas aguas amontonadas y violentas, unido á lo que decian los marineros, que consideraban el

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 3 de enero.

paso muy peligroso, asustó á los compañeros del coadjutor; pero este, que colocaba los intereses de Dios ante todos los peligros, considerando que la menor tardanza podria ser perjudicial á la causa de la religion, se decidió á no detenerse, instó á partir á los bateleros, y arrastró en su seguimiento á sus compañeros, forzados por un sentimiento de honor á no abandonarle. Llegados en medio del rio, despues de luchas violentas contra la impetuosidad de las aguas, encontraron olas tan furiosas y una corriente tan rápida, que se creyeron perdidos. Unos, con el presidente Favre, levantaban las manos al cielo y clamaban misericordia; otros pensaban en salvarse á nado; todos estaban consternados. Solo el santo apóstol, tranquilo y sereno, sin dar la menor señal de turbacion ó inquietud, oraba de rodillas, con los ojos fijos en el cielo, no interrumpiendo su oracion sino para tranquilizar á los pasajeros, predicarles el abandono en la voluntad de Dios, que manda á las olas, y asegurarles que nadie pereceria, y que, á pesar de las dificultades de la travesía, todos llegarían al puerto. En efecto, en el momento en que el bajel se encontraba casi sumergido, se levantó de repente sobre las olas, y á fuerza de remos ganó la ribera (1). Todos quisieron dar gracias al santo apóstol por su salvacion, que creían se debía á sus oraciones; pero desde las primeras palabras que le dijeron en este sentido apartó prontamente la conversacion, dirigiendo todos los pensamientos sobre la escelencia de la confianza en Dios, y les dijo con este motivo cosas maravillosas, enseñándoles á olvidar al hombre para no ver mas que al soberano dueño de todos los acontecimientos.

Los viajeros continuaron felizmente su camino hasta Dijon. Apenas llegaron allí, cuando un gran número de personas de distincion, sobre todo entre los consejeros del parlamento, fueron á verlos, apresurándose á ofrecer sus respetos al Coadjutor de Ginebra. El Baron de Luz fue de los primeros, y considerando un honor el hospedar á tan

(1) Carlos Aug., p. 257.